amistad me dá derecho para expresarme de ese modo, y permitidme que os afirme que os poneis en ridículo. ¡Truenos de Dios!—como decia uno de mis antepasados cuando se incomodaba.-¡Truenos de Dios! Os rebajais demasiado. Oir al marqués Roberto razonar de ese modo es humillante, á fé mia. Es necesario que os repita lo que ya os he dicho tantas veces. Mi amigo Julio Leroux es un hombre muy galante, y hasta su misma ruina prueba su lealtad; su hija Lazarine es una criatura adorable, y teneis mucha razon en amarla. Pero ¡qué diablo! vos sois el marqués de la Tour du Roy, seis ó siete veces millonario, y á pesar de algunos otoños que teneis de mas, haceis á esa linda criatura al casaros con ella un honor fabuloso, inaudito, inesperado, cuya familia os lo debe agradecer de rodillas. ¿Lo entendeis, lo comprendeis bien? pues dejaos de buscar razones.

-De modo que, segun vos-dijo el marqués

-no tengo nada que temer.

-Nó, nó, y cien veces nó. -¿Y mi peticion será bien acogida?

-Sí, sí, y mil veces sí.

-Me dais ánimo. Vamos á hablar al padre.

-Sea enhorabuena.

-Pero no me dejeis solo.

-Estad tranquilo.

El príncipe se cogió del brazo del marqués y le condujo hasta la terraza, pero esta vez sin encontrar la menor resistencia.

Julio Leroux no continuaba paseándose de un lado á otro, les vió acercarse; y comprendiendo que habia llegado el momento decisivo, tiró el cigarro y se preparó para esperarlos.

El marqués de la Tour du Roy, ya de viejo ó ya de joven, habia alcanzado muchos y brillantes triunfos en el mundo de la nobleza.

Ademas se habia presentado bajo la forma de lluvia de oro á las mujeres á la moda, fascinadas en absoluto por su liberalidad y por sus millones.

Pero ni las grandes damas ni las cortesanas habian logrado interesar su corazon. Alucinaciones de los sentidos ó el amor propio habian reemplazado al amor; caprichos de una semana ó de una hora formaban el libro de sus galantes aventuras. Negaba la pasion porque no la habia sentido jamas.

Y hé aquí que á los sesenta y cinco años, por primera vez, abdicaba.

Amaba por primera vez.

SU MAGESTAD EL DINERO.

160

Este tardio amor explica lo bastante la súbita timidez de un hombre á quien su alta posicion y sus costumbres aristocráticas habian acostumbrado á un aplomo y á una seguridad tan legítimas como naturales.

En vano el principe, mucho mas práctico y que veía las cosas con el escepticismo propio del hombre de mundo, le repetia que su gran nombre y su gran fortuna eran promesas de un gran éxito; él se obstinaba en quererse persuadir de que la enorme diferencia de edad abria entre Lazarine y él un abismo casi infranquea-

En estas reflexiones, y siguiendo á Castelble. Vivant, que le animaba, fué acortando el paso á medida que se acercó á Julio Leroux. La distancia, sin embargo, fué salvada, y el marqués se detuvo agitado, tan turbado como una muchacha el dia de su primera entrevista con

El ex-banquero sonrió á su pesar ante la vissu amante. ta de aquel sexagenario inmóvil, vacilante y con los ojos bajos.

El príncipe se mordia los labios y golpeaba con los piés en el suelo con tanta ironía como impaciencia.

Hubo un momento de silencio.

-¡Vaya al diablo este absurdo amoroso!pensó Godefroy.-No acabaremos nunca si yo no tomo la iniciativa. Hablaré por él ya que es preciso.

Y dirigiéndose á Julio Leroux, le dijo:

-Mi querido y antiguo compañero, el marqués de la Tour du Roy, nuestro anfitrion y comun amigo, tiene una peticion que haceros; pero la demanda es para él de tan grande importancia que ya veis lo conmovido que está. Os ruego que le animeis.

-¿Y como el señor marqués necesita que le den ánimos?—dijo el ex-banquero.—¿No puede estar seguro del éxito de la peticion, cual-

quiera que sea, si depende de mí?

-¡Ea, valor!-murmuró Godefroy al oído de Roberto. - ¡A la carga!

Ya era imposible retroceder.

Comprendiólo así el marqués de la Tour du Roy, y mirando al padre de Lazarine, balbuceó:

-Mil gracias, querido Leroux, por vuestra acogida, que estimo de todas veras. Pero, por desgracia, el éxito de mi peticion no depende enteramente de vos. miretani osoni and

-Está bien; pero, puesto que os dirigís á mí, ¿puedo serviros de algo?

-Podeis mucho.

-Hablad, pues, porque no puedo adivinaros, ni acierto donde vais á parar, y esto, á la verdad, me preocupa.

El señor de la Tour du Roy sintió en este